

Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Abril 16, 2021 / Vol. 2, No. 15



! Aleluya! Cristo ha resucitado, y nuestros corazones están llenos de gozo. Si aceptamos la oferta de salvación del Señor, que el Papa Francisco nos dice en su exhortación apostólica, *Evangelii Gaudium* (La alegría del Evangelio), "seremos liberados del pecado, la tristeza, el vacío interior y el aislamiento" (EG, #1).

Todos los cristianos bautizados nos encontramos en un viaje. Caminamos juntos siguiendo los pasos del Cristo resucitado mientras viajamos hacia nuestro hogar celestial. Esta peregrinación sagrada no pretende ser un tiempo de rencor y tristeza. Si bien es cierto que estamos llamados a seguir a Jesús en el camino de la cruz, siempre debemos recordar la promesa de nuestro Señor a sus discípulos, "Aunque ustedes estén tristes, su tristeza se convertirá en alegría" (Jn 16, 20). Durante 2,000 años, los santos y mártires nos han enseñado a vivir el Evangelio —y a tomar nuestras cruces— con alegría. ¡Todos estamos invitados, con San Pablo, a regocijarnos en nuestros sufrimientos!

Todos tenemos historias sobre las dificultades que hemos soportado durante el último Año de Pandemia. Algunas de ellas son muy tristes—incluyendo la pérdida de seres queridos; ausencia de padres, abuelos o hijos; empleos perdidos; soledad o desesperación resultante del aislamiento y el miedo durante un tiempo de grave malestar social, y mucho más, incluyendo El Gran Ayuno Eucarístico cuando a tantos se les negó el Don de Cristo Mismo en el Santísimo Sacramento. Otras historias de la pandemia no son tan serias, pero todos hemos experimentado dificultades (inconvenientes, en realidad) causadas por el distanciamiento social y la imposibilidad de asistir a nuestros restaurantes favoritos, deportes, entretenimiento y eventos relacionados con la iglesia.

Durante su Mensaje de Pascua 2021, *Urbi et Orbi* (A la Ciudad y al Mundo), que se muestra más adelante, el Papa Francisco ofrece estas palabras de consuelo: "En medio de las numerosas dificultades que atravesamos, no olvidemos nunca que somos curados por las llagas de Cristo (cf. 1 P 2,24). A la luz del Cristo Resucitado, nuestros sufrimientos se transfiguran. Donde había muerte ahora



El Cardenal Joseph W. Tobin, CSsR bautiza a una joven Catecúmena durante la Misa de Vigilia Pascual en la Catedral Basílica del Sagrado Corazón en Newark el 3 de abril del 2021. (Fotografía /Arauidiócesis de Newark)

hay vida; donde había luto ahora hay consuelo. Al abrazar la Cruz, Jesús ha dado sentido a nuestros sufrimientos. Y ahora recemos para que los efectos beneficiosos de esta curación se extiendan a todo el mundo.”

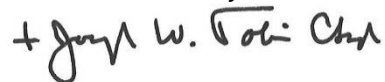
Al mismo tiempo, el Santo Padre deja claro que "el mensaje pascual no nos ofrece un espejismo ni revela una fórmula mágica. No apunta a un escape de la difícil situación que estamos viviendo". El sufrimiento que experimentamos es real. Afecta a todos—especialmente a los pobres y vulnerables. Es por eso que tenemos el reto de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para construir un mundo mejor, compasivo, justo y respetuoso de los derechos humanos y la dignidad.

"El gran riesgo del mundo actual", escribe el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, "es una tristeza individualista que brota de un corazón cómodo y avaro, la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada... Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado" (EG, #2). Estamos llamados a una vida digna y plena, a una vida de libertad y alegría. "Nadie debería pensar que esta invitación no es para él ni para ella", dice el Papa Francisco, ya que nadie está excluido de la alegría traída por el Señor".

Los cristianos debemos estar alegres durante todo el año, pero la Pascua es un momento en el que somos especialmente conscientes de las razones por las que tenemos que estar llenos de alegría. "Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua", escribe el Papa Francisco. Espero que ese no sea el caso con nosotros. "La alegría se adapta y se transforma, pero siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de nuestra certeza personal de ser infinitamente amados más allá de todo" (EG, #6).

Mi esperanza para cada hombre, mujer y niño que vive en nuestros cuatro condados del norte de New Jersey, el territorio que conforma esta gran arquidiócesis, es que cuando todo esté dicho y hecho, sabremos que somos infinitamente amados y, así, podemos ¡Alegrarnos en el Señor!

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark



El Papa Francisco ofrece su bendición de Pascua "urbi et orbi" (a la ciudad y al mundo) después de celebrar la misa de Pascua en la Basílica de San Pedro en el Vaticano el 4 de abril del 2021. (Fotografía de CNS/Filippo Monteforte, Reuters)

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza

MENSAJE URBI ET ORBI DE SU SANTIDAD PAPA FRANCISCO

PASCUA 2021

Basílica de San Pedro
Pascua, 4 de Abril 2021

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Pascua! Una feliz, santa y serena Pascua.

Hoy resuena en cada lugar del mundo el anuncio de la Iglesia: “Jesús, el crucificado, ha resucitado, como había dicho. ¡Aleluya!”.

El mensaje de la Pascua no muestra un espejismo, no revela una fórmula mágica ni indica una vía de escape frente a la difícil situación que estamos atravesando. La pandemia todavía está en pleno curso, la crisis social y económica es muy grave, especialmente para los más pobres; y a pesar de todo —y esto es escandaloso— los conflictos armados no cesan y los arsenales militares se refuerzan. Este es el escándalo de hoy.

Ante esto, o mejor, en medio de esta realidad compleja, el mensaje de Pascua recoge en pocas palabras un acontecimiento que da esperanza y que no defrauda: “Jesús, el crucificado, ha resucitado”. No nos habla de ángeles o de fantasmas, sino de un hombre, un hombre de carne y hueso, con un rostro y un nombre: Jesús. El Evangelio atestigua que este Jesús, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato por haber dicho que era el Cristo, el Hijo de Dios, al tercer día resucitó, según las Escrituras y como Él mismo había anunciado a sus discípulos.

Jesús Crucificado, no otro, es el que ha resucitado de entre los muertos. Dios Padre resucitó a su Hijo Jesús porque cumplió plenamente su voluntad de salvación: asumió nuestra debilidad, nuestras dolencias, nuestra misma muerte; sufrió nuestros dolores, y llevó el peso de nuestros pecados. Por eso Dios Padre lo exaltó y ahora Jesucristo vive para siempre, Él es el Señor.

Los testigos señalan un detalle importante: Jesús resucitado lleva las llagas impresas en sus manos, en sus pies y en su costado. Estas heridas son el sello perpetuo de su amor por nosotros. Todo el que sufre una dura prueba, en el cuerpo y en el espíritu, puede encontrar refugio en estas llagas y recibir a través de ellas la gracia de la esperanza que no defrauda.

Cristo resucitado es esperanza para todos los que aún sufren a causa de la pandemia, para los enfermos y para los que perdieron a un ser querido. Que el Señor dé consuelo y sostenga los esfuerzos de los médicos y enfermeros. Todas las personas, especialmente las más frágiles, precisan asistencia y tienen derecho a acceder a los tratamientos necesarios. Esto es aún más evidente en este momento en que todos estamos llamados a combatir la pandemia, y las vacunas son una herramienta esencial en esta lucha. Por lo tanto, en el espíritu de un “internacionalismo de las vacunas”, insto a toda la comunidad internacional a un compromiso común para superar los retrasos en su distribución y para promover su distribución, especialmente en los países más pobres.

El Señor Crucificado y Resucitado es consuelo para quienes han perdido el trabajo o atraviesan serias dificultades económicas y carecen de una protección social adecuada. Que el Señor inspire la acción de las autoridades públicas para que todos, especialmente las familias más necesitadas, reciban la ayuda imprescindible para un sustento adecuado. Desgraciadamente, la pandemia ha aumentado dramáticamente el número de pobres y la desesperación de miles de personas.

“Es necesario que los pobres de todo tipo recuperen la esperanza”. Decía [San Juan Pablo II](#) durante [su visita a Haití](#). Y es precisamente al querido pueblo Haitiano a quienes se dirige mi pensamiento en estos días para que no se vea abrumado por las dificultades, sino que mire al futuro con confianza y esperanza. Mi pensamiento se dirige especialmente a ustedes, queridas hermanas y hermanos haitianos. Los tengo presentes, estoy cerca de ustedes y quisiera que sus problemas se resolvieran definitivamente. Rezo por esto, queridos hermanos y hermanas haitianas.

Jesús resucitado es esperanza también para tantos jóvenes que se han visto obligados a pasar largas temporadas sin asistir a la escuela o a la universidad, y sin poder pasar tiempo con sus amigos. Todos necesitamos experimentar relaciones humanas reales y no sólo virtuales, especialmente en la edad en que se forman el carácter y la personalidad. Lo hemos escuchado el pasado viernes en el Vía Crucis de los niños. Me siento cercano a los jóvenes de todo el mundo y, en este momento, de modo

particular a los de Myanmar, que están comprometidos con la democracia y haciendo escuchar su voz de forma pacífica, sabiendo que el odio sólo puede disiparse con amor.

Que la luz de Jesús resucitado sea fuente de renacimiento para los emigrantes que huyen de la guerra y la miseria. Que en sus rostros reconozcamos el rostro desfigurado y sufriente del Señor que camina hacia el Calvario. Que no les falten signos concretos de solidaridad y fraternidad humanas, garantía de la victoria de la vida sobre la muerte que celebramos en este día. Agradezco a los países que acogen con generosidad a las personas que sufren y que buscan refugio, especialmente al Líbano y a Jordania, que reciben a tantos refugiados que han huido del conflicto en Siria.

Que el pueblo del Líbano, que atraviesa un período de dificultades e incertidumbres, experimente el consuelo del Señor Resucitado y encuentre apoyo de la comunidad internacional en su vocación de ser una tierra de encuentro, coexistencia y pluralismo.

Que Cristo, nuestra paz, silencie finalmente el clamor de las armas en la querida y atormentada Siria, donde millones de personas viven actualmente en condiciones inhumanas, así como en Yemen, cuyas vicisitudes están rodeadas de un silencio ensordecedor y escandaloso, y en Libia, donde finalmente hay esperanza de que termine una década de contiendas y enfrentamientos sangrientos. Que todas las partes implicadas se comprometan de forma efectiva a poner fin a los conflictos y permitir que los pueblos devastados por la guerra vivan en paz y pongan en marcha la reconstrucción de sus respectivos países.

La Resurrección nos lleva naturalmente a Jerusalén. Imploremos al Señor que le conceda paz y seguridad (cf. Sal 122), para que responda a la llamada a ser un lugar de encuentro donde todos puedan sentirse hermanos, y donde Israelíes y Palestinos vuelvan a encontrar el poder del diálogo para alcanzar una solución estable, que permita la convivencia de dos estados en paz y prosperidad.

En este día de fiesta, mi pensamiento se dirige también a Irak, que tuve la alegría de [visitar el mes pasado](#). Pido por que pueda continuar por el camino de pacificación que ha emprendido, para que se realice el sueño de Dios de una familia humana hospitalaria y acogedora para todos sus hijos. [1]

Que la fuerza del Señor resucitado sostenga a los pueblos de África que ven su futuro amenazado por la violencia interna y el terrorismo internacional, especialmente en el Sahel y en Nigeria, así como en Tigray y la región de Cabo Delgado. Que continúen los esfuerzos para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos, en el respeto a los derechos humanos y la sacralidad de la vida, mediante un diálogo fraterno y constructivo, en un espíritu de reconciliación y verdadera solidaridad.

¡Todavía hay demasiadas guerras y demasiada violencia en el mundo! Que el Señor, que es nuestra paz, nos ayude a vencer la mentalidad de la guerra. Que conceda a cuantos son prisioneros en los conflictos, especialmente en Ucrania Oriental y en Nagorno-Karabaj, que puedan regresar sanos y salvos a sus familias, y que inspire a los líderes de todo el mundo para que se frene la carrera armamentista. Hoy, 4 de abril, se celebra el Día Mundial de Información contra las minas antipersonales, artefactos arteros y horribles que matan o mutilan a muchos inocentes cada año e

impiden “! que los hombres caminen juntos por los senderos de la vida, sin temer las asechanzas de destrucción y muerte!” [2]. ¡Cuánto mejor sería un mundo sin esos instrumentos de muerte!

Queridos hermanos y hermanas, otra vez este año, en diversos lugares, muchos cristianos han celebrado la Pascua bajo severas restricciones y, en algunos casos, sin poder siquiera asistir a las celebraciones litúrgicas. Recemos para que estas limitaciones, al igual que todas las restricciones a la libertad de culto y de religión en el mundo, sean eliminadas y que cada uno pueda rezar y alabar a Dios libremente.

En medio de las numerosas dificultades que atravesamos, no olvidemos nunca que somos sanados por las llagas de Cristo (cf. 1 P 2,24). A la luz del Señor Resucitado, nuestros sufrimientos se transfiguran. Donde había muerte ahora hay vida; donde había luto ahora hay consuelo. Al abrazar la Cruz, Jesús ha dado sentido a nuestros sufrimientos y ahora rezamos para que los efectos beneficiosos de esta sanación se extiendan a todo el mundo. ¡Una feliz, santa y serena Pascua para todos ustedes!

[1] [Palabras en el Encuentro Interreligioso en Ur](#), 6 de Marzo del 2021.

[2] San Juan Pablo II, [Angelus](#), 28 de Febrero 1999.

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana

Mi Oración para Ustedes

Jesús, Señor Resucitado, ayúdanos a recordar que hemos sido sanados por tus heridas. Enséñanos a creer que nuestras penas, que son reales, se convertirán, sin embargo, en alegría. Fortalécenos con tu gracia, Señor, y llénanos de la esperanza y el gozo duraderos de tu resurrección.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

